



Vendedor de historias

Inés Chordá Jorge

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

2º Premio

A veces me pregunto si hice bien eligiendo esta manera de vivir, pero con lo que se me presentó no había muchas posibilidades entre las que elegir, uno no puede vivir del arte. Decidí formar una pequeña tienda en una de las esquinas de la ciudad en la que vivía, mi pasión siempre fue trabajar entre libros, y más vale intentar vivir un poco antes de morir durante mucho tiempo.

El local era pequeño, los libros se apilaban en grandes montones de los cuales solo yo comprendía su organización. Era un lugar muy peculiar, los libros que tenía no eran los que encontrarías en cualquier página de internet, no era una librería cualquiera. Era un sistema peculiar, pero eficaz para los pocos que se atrevían a tomar parte. Era un tipo de intercambio, las personas traían un libro y un pequeño pago, y a cambio se podían llevar otro. Tenía libros en perfectas condiciones, otros con anotaciones de los lectores e incluso algunos ejemplares de coleccionista. En mis manos acababan una gran variedad de textos.

Los clientes eran comúnmente los ancianos del barrio, los que podían leer los textos sin mayores preocupaciones. Había algún turista que, espontáneamente, era capturado por la curiosa premisa de intercambio, y algún que otro joven que mantenía mi esperanza en pie. Pero nunca me encontré con alguien tan peculiar como el hombre del traje negro.

Él era distinto al resto, apareció un lunes hace mucho tiempo, vestía un traje totalmente negro, junto a una fedora que le tapaba la cara. No me llamó mucho la atención la primera vez que cruzamos caminos, tomó un libro que le había llamado la atención y me preguntó cuánto. Se rio cuando le expliqué las normas del local, y me mencionó que casualmente había acabado uno aquella mañana, y que estaba de acuerdo en deshacerse de él, así que lo sacó del bolsillo de su americana y me lo entregó.





Revisé el libro para cerciorarme de que estaba en condiciones de que estuviera en la tienda. Estaba impoluto, mucho mejor de los que suelo tener en mis manos. El cambio se cerró y aquel hombre abandonó el local. No esperaba volverlo a ver nunca, muchas de las veces las personas solo vienen una vez.

Como intento de escritor y amante de la lectura me gusta mirar qué libros me entregan las personas, también debo hacerlo ya que necesito clasificarlos dependiendo de su estado y condiciones. Es una manera interesante de conocer a mis clientes, no sólo los conoces en apariencia, sino cómo ven el mundo. Un libro dice mucho de una persona. El libro en mis manos no era más que una pequeña recopilación sobre historias de Edgar Alan Poe, nada fuera de lo típico. Lo coloqué donde debería estar, junto al resto de libros en buenas condiciones.

El hombre volvió a la semana, el lunes, y a la misma hora que había hecho la semana anterior. Le saludé como el resto de personas que entraban en mi madriguera, le reconocí inmediatamente ya que llevaba la ropa igual que la semana anterior. Miró alrededor del local y tomó otro libro en sus delgadas manos, la pila de libros impolutos estaba desapareciendo, y aunque tomara solo un libro sentía que desaparecía en su totalidad. Lo colocó en frente de mí y sacó del bolsillo el mismo libro que se había llevado la semana anterior, aparentemente ya lo había leído.

Volvimos a cambiar libros, y le sonreí dándole las gracias. Supongo que él también lo hizo, aunque la fedora no me dejaba ver ni la comisura de sus labios. El libro estaba en tan buenas condiciones como se las había llevado, aunque destacaba un pósit en la primera página del libro donde ponía: "Buen libro, estaba agradable, 4,5 estrellas".

Decidí dejar la nota por si acaso a alguien le servía de algo, ya que esa era la idea de la tienda, las personas reutilizaban libros, dándoles más de una vida. Todas las anotaciones y apuntes eran bienvenidas, muchas personas disfrutaban el hecho de leer un texto que ya había vivido anteriormente, les hace sentir que no están solas mientras se emergen en una aventura.





La tercera aparición del sujeto se dio el siguiente lunes. Esta vez decidí mantener una pequeña conversación con él, aunque comúnmente hago este tipo de cosas con las ancianas que me cuentan todos los marujeos del barrio, pero algo podré apañar. Al fin y al cabo no soy más que un " mozo" , o así me llaman los ancianos que vienen preguntándome por lo que me han dicho sus vecinas.

–Si buscas los libros limpios son los que se encuentran en la parte de arriba de la pirámide, así son más accesibles.

–Busco *La metamorfosis*, de Kafka. ¿No la tendrás de casualidad?

–Sí, está a tu izquierda, es el libro de portada amarilla.

Se rio de sí mismo y culpó a su vista y la edad. ¿Qué edad tendrá? Su cara está fuera de mi alcance y me hace creer que es joven, aunque nunca se sabe, no se debe juzgar un libro por su portada. Cambiamos el libro de *Niebla* de Miguel de Unamuno por el de Kafka, qué sujeto más peculiar.

–Tienes un gusto por los clásicos, son una apuesta segura. Si no te gustan, algo de cultura has ganado.

–Algunos son mejores que otros... Este ha sido un poco complicado de tragar.

–*Niebla* no es fácil, aunque vale la pena, espero que este te sienta mejor. –Me gusta mantener una conversación mientras hacemos el intercambio, hace el proceso más humano, hago recomendaciones y avisos a los lectores, es una tradición mía.

Aún así, me costó mucho hablar con él, yo trabajo en una tienda perdida de la mano de Dios y él parece que tiene una vida tan formal y arreglada. Ese tipo de chicos fueron los que me hicieron pasar unos malos años. Su porte da mucho respeto y me da miedo molestarle, siempre he tenido mucho miedo de los demás, razón de más para refugiarme en los libros.

–Gracias vendedor de historias –me dijo mientras salía de la tienda y saludaba con su esquelética palma. Pensé en corregirle, pero ese título me hizo sentirme muy bien conmigo mismo, siempre soy





“joven”, “muchacho”, “mozo”. Ese nombre podría ser el de una leyenda. La nota de este libro decía: “Un poco denso y complicado, difícil de digerir, 3 estrellas”.

Su aparición se volvió tradición. Los lunes a la misma hora estaba esperando en la puerta con el libro de la semana pasada. Empecé a tener suficiente confianza como para hablar con él, o al menos, de los libros que tomaba y dejaba. Se había convertido en un evento especial de la semana.

Me mencionaba cuáles le interesaban y si el libro acababa en mis manos lo apartaba para su siguiente aparición. Empezó también a tomar libros que la gente había tomado sus propios apuntes, aunque siempre que podía tomaba alguno en las condiciones de fábrica. Siempre devolvía el que había acabado, me mencionó que era un gusto suyo el ir devorándolos durante la semana, y los textos cortos le permitían hacerlo en menos tiempo. –Los clásicos nunca mueren –me decía con *El guardián entre el centeno* en las manos.

Me gustaba personalmente leer sus opiniones que seguía colocando de los libros. “Gran libro, un deleite, 4 estrellas”, “ Un placer muy exquisito, 5 estrellas”, “ Un gozo de desarrollo de personaje, 4,5 estrellas”. Eran peculiares, pero juzgar los gustos no es lo mío, cada cual tiene sus preferencias. Cuando tomaba algún libro que contenía apuntes también hacía algún comentario sobre ellos, algunas veces escribía debajo de los escritos ajenos corrigiendo sus faltas ortográficas, siempre me sacaba una sonrisa. Otras, lo comentaba en la portada junto a la crítica del libro, como si el texto no pudiera existir sin el anterior lector: “Hermosa presentación, comentarios deficientes, 3,5 estrellas” “Deliciosa narración, buenas anotaciones, 4,5 estrellas”. Siempre que se despedía lo hacía diciendo –Gracias, vendedor de historias–.

Las ancianas ya empezaron a hacerse a la idea de que aquel hombre estuviera en la tienda, alguna me preguntó sobre él, pero no tuve mucho que contarles, ya que él era también un misterio para mí. Un día le pregunté sobre por qué venía hasta esta tienda alejada del centro si podía conseguir estos libros en cualquier sitio, e incluso una biblioteca sería perfecta para su forma de leer. Se rio, le





gustaba reírse. Me explicó que lo hace por la experiencia, que así siente mayor conexión con el libro y las historias son más apetitosas. –Puedo comprarlas en un lugar donde hay cientos de historias iguales, o aquí, donde encontrarlas en una lotería– Era una manera peculiar de ver las cosas, pero muy interesante, tras eso volvió a salir con un nuevo libro para la semana despidiéndose con su manera característica.

La primera vez que tuve algún problema ocurrió en un intercambio. Al libro que me entregó le faltaba una página, el revisó sus bolsillos con sorpresa, y se asombró al ver lo que había pasado. Se disculpó y comprendió la política de no aceptar libros incompletos, así que ese día se fue sin nada. Le expliqué que podía volver con otro libro, no necesitaba que fuera de la tienda, y con la cabeza baja por lo ocurrido se fue con las manos vacías, ya que me había dejado el libro en mis propias manos. Se lo intenté devolver, pero se negó a llevarlo, me dijo que ya lo “había degustado”.

El lunes siguiente volvió y me entregó un libro que me explicó que había conseguido en una librería industrial. Se fue feliz de volver a tener un libro de los que tienen “verdadero sabor”. La nota del libro devuelto ponía: “Soso, sin sabor alguno, 1,5 estrellas”. Parece que no le gustó mucho. Más tarde, mientras cerraba el local me encontré una hoja arrancada en la papelera, ésta estaba hecha una bola y parecía haber sido rasgada. Parece que al final encontró la página que faltaba.

Aquel hombre volvió, encantado de poder tomar libros y devolverlos la siguiente semana. Me comentaba las exquisitas aventuras que leía. Yo le recomendaba mis textos clásicos favoritos, muchas de las veces tomaba mis recomendaciones. Comentaba en todos los libros que intercambiábamos: “delicioso”, “un deleite”, “sabroso”, “entra perfectamente con un buen vino”. Algunos comentarios eran peculiares, pero muchos electores son tan raros como un personaje podría verlo, “está un poco amargo”, “le falta sal”, “no está mal como entrante”. Él reía mientras yo revisaba que todo estuviera en orden. Una de esas fue la última vez que le vi, se despidió con su línea característica –Gracias, vendedor de historias–.

El lunes siguiente, cuando fui a abrir la tienda me encontré un libro colocado en mi entrada. Éste





estaba mordido, las hojas estaban arrancadas como si una bestia las hubiera tomado, todo estaba destrozado como la hoja que encontré meses atrás en la basura. Parecía como si fuera la víctima de un crimen violento. Junto a este libro había una nota en perfectas condiciones:

“Querido vendedor de historias: Exquisito establecimiento, atención personalizada y buena variedad en el menú. Sin duda unos de los restaurantes más únicos en los que he estado en mi vida. Y con una premisa muy interesante, 5 estrellas”.

Aquel día no abrí la tienda.

